

# In memóriam José Vidal-Beneyto (1927-2010)

EMILIO LAMO DE ESPINOSA  
Universidad Complutense de Madrid  
emilio.lamo@cps.ucm.es

Hace escasas semanas recibí una llamada de «Pepín», como conocíamos todos a José Vidal-Beneyto. Tenía urgencia por publicar un texto suyo sobre la sociología en España, y me preguntaba dónde podría ser editado. Comentamos varias alternativas y, finalmente, le sugerí la posibilidad de publicarlo en nuestra revista, la *Revista Española de Sociología*. Me remitió el texto días más tarde y pude leerlo. Bajo el título *Sociología y franquismo*, traza una historia de la aventura intelectual que él protagonizó en los años sesenta en el Centro de Enseñanza e Investigación, Sociedad Anónima (CEISA), y en el que aprovecha para dibujar un fresco, casi en primera persona, de lo que fueron los difíciles avatares de la sociología en aquellos años previos a su institucionalización académica y profesional. Se lo remití al director de la *RES*, Cristóbal Torres, para su preceptiva evaluación, y ahí estaba hasta hace unos días. Puede que sea el escrito póstumo de Pepín, y es característico de esos avatares del destino que sea un texto en el que defiende su legado frente a tergiversaciones actuales. El trabajo concluye con una amarga queja:

«Que esta esforzada resistencia académica e intelectual haya sido silenciada por la mayoría de los historiadores y de los políticos españoles desde entonces, es una prueba más de que la transición intransitiva que la propició, dejó las cosas en las manos que quería: las de la clase dominante. Destino al que siguen contribuyendo, de manera sorprendente, compañeros que se dicen en la izquierda.»

En nuestra conversación no noté en su voz quiebros ni vacilaciones; sabía que estaba enfermo, pero también conocía su inmensa vitalidad. No pude suponer entonces que la comunidad sociológica española iba a perder pronto esa voz fuerte, insistente y tozuda, que nos ha acompañado más de cuarenta años.

Conocí a Vidal-Beneyto allá por los años sesenta, cuando yo comenzaba a interesarme por esa cosa rara que se llamaba «sociología» y Pepín era ya una figura consagrada en el espacio del pensamiento crítico madrileño. Su participación en el Congreso del Movimiento

Europeo de 1962 (el «contubernio de Múnich», como lo etiquetó la prensa franquista) le costó el exilio y fue su puesta de largo como activo y tenaz luchador por la libertad. Su posterior participación en los sucesos parisinos de Mayo de 1968 le otorgó una aureola carismática, que sus vastas lecturas y su potente personalidad, no hacían sino reforzar. Pepín rebosaba energía, vitalidad, ilusión y fuerza; también coraje, pues siempre vivió en combate con algo o alguien. Entonces era fácil identificar al enemigo, y en ese frente del antifranquismo nos encontramos muchos. Y siempre fue alegre, esperanzado y optimista, algo que se echaba muy de menos en el usualmente doliente mundo del antifranquismo.

Y así, mientras creíamos encontrar en la sociología una lógica de la liberación del franquismo (pero también de toda dominación), desde CEISA, Pepín iniciaba una aventura al tiempo intelectual y docente de incorporación de la sociología crítica a la cultura española. Coincidió después con él en nuestra común aventura californiana a comienzos de los años setenta, en un tiempo y un espacio de ilusión y plenitud intelectual; de nuevo nos encontramos ya durante la transición, en Convergencia Socialista de Madrid, en un tiempo y espacio de gran ilusión política; y de nuevo —ya con la democracia—, cuando en 1983 fue recobrado por el entonces ministro Maravall como catedrático extraordinario de sociología en nuestro viejo Departamento de Teoría Sociológica de la Universidad Complutense, donde realizó buena parte de su carrera académica. Nos unían recuerdos familiares de los hermosos naranjales de Carcaixent y de Alzira, que nos gustaba rememorar con nostalgia. Y por supuesto nuestro común interés en la sociología del conocimiento, que a él le llevó por los caminos de la sociología de la comunicación y la opinión pública. Finalmente, he podido coincidir con él en la Academia Europea de las Ciencias y las Artes, a la que pertenecía por la rama francesa. Siempre aprendía de Pepín algún nuevo libro o algún nombre a seguir, pues siempre estaba al día. Era políglota (por lo que siempre le envidié) y casi ubicuo (nunca se sabía si iba o venía de París, Berkeley o Frankfurt), de modo que conocía personalmente a casi todo el mundo relevante en la sociología. Si hablaba de «Herbert», era a Marcuse a quien se refería, y si mencionaba a «Daniel», era de Bell de quien hablaba. Y siempre tenía anécdotas divertidas de unos y otros que me interesaban.

Yo creo que en el legado importante que deja pueden distinguirse cuatro dimensiones, aunque sin duda lo más relevante ha sido la fusión de todas ellas en una sola dirección notablemente coherente.

José Vidal-Beneyto —y no tengo más remedio que regresar a la formalidad y olvidar el Pepín— fue, en primer lugar, y antes de nada, un luchador por la libertad para España, un demócrata convencido, un hombre apasionado, casi transido, por el deseo de emancipación, que renunció a una existencia acomodada y fácil para asumir riesgos importantes cuando se ignoraba el coste posible de aquellos riesgos. Hoy España se ha llenado de antifranquistas a destiempo, pero él lo fue cuando había que serlo.

En segundo lugar, Vidal-Beneyto fue un gran sociólogo. Como casi todos los de su generación estudió derecho en Valencia y Madrid, pero estudia después sociología en la Sorbona y en Heidelberg y se declaraba discípulo de Merleau-Ponty, Raymond Aron, Karl Lowith y Theodor Adorno. Un buen *mix*, sin duda. Sus áreas de especialización eran —según declaró hace pocos años— la sociología de la comunicación y la sociología de las relaciones in-

ternacionales, y casi todos los libros publicados estos últimos años tienen que ver con la globalización. Desde su primer libro, *Alternativas populares a la comunicación de masas* (CIS, Madrid, 1981) hasta su libro más reciente, *América Latina, hacia su unidad. Modelos de integración y procesos integradores* (Amela/Ed. Pre-Textos, Valencia, 2008), pasando por *Las industrias de la lengua* (Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1991), *Hacia una sociedad civil global* (Santillana, Madrid, 2003) o *Poder global y ciudadanía mundial* (Taurus, Madrid, 2004), Vidal-Beneyto creía en la sociología como un instrumento de emancipación y de libertad, y en eso fue muy ilustrado (y nada posmoderno): sólo desde el conocimiento de la necesidad y de la opacidad se alcanza la libertad y la transparencia. Siempre he creído —y sigo haciéndolo— que ése es el sentido objetivo de la indagación sociológica, y Vidal-Beneyto es un gran ejemplo de coherencia entre proyecto político y proyecto intelectual. Basta leer sus memorias *Diario de una ocasión perdida* (Kairós, 1981).

La tercera dimensión de su incansable actividad fue la de comunicador en múltiples columnas de prensa (en *El País*, periódico del que fue fundador, en *Europa-Zeitung* o en *Le Monde Diplomatique*), en las que Vidal-Beneyto sabía combinar acertadamente la dimensión teórica e intelectual con el análisis de la actualidad y la coyuntura. Pues sabía bien para quién trabajamos los sociólogos: no tanto para otros sociólogos en la noble tarea de producir ciencia, sino para ilustrar las dudas y vacilaciones de nuestros conciudadanos. Y de nuevo encontramos ahora una notable coherencia entre su proyecto intelectual y su escritura, la audiencia para la que trabajaba.

Y, finalmente, si Vidal-Beneyto pudo ser todo lo anterior fue porque, antes que nada, era un animador, un fantástico organizador, ya fuera de conspiraciones o de empresas intelectuales. Así, además de CEISA, fue fundador de AMELA (Asociación Mediterráneo-América Latina), fue director de los Cursos de Verano de El Escorial, presidente del Consejo Mediterráneo de la Cultura (UNESCO), asesor de Jacques Attali cuando fue presidente del Banco Europeo de Desarrollo, secretario general de la Agencia Europea para la Cultura de la UNESCO, vicepresidente del Consejo Federal del Movimiento Europeo, presidente de honor de la Asociación de Usuarios de la Comunicación (AUC) de España y no sé cuántas cosas más. Y en todas ellas desplegó una intensa actividad, pues era trabajador y generoso con su tiempo.

Nunca compartí la tesis por él defendida con tesón, de que la transición fue incompleta traicionada o —como decía antes—, una «transición intransitiva». Menos aún la idea de que España necesitaba una «segunda transición» aunque, conociendo su batalla en la Junta Democrática (la llamada «Platajunta»), se comprende esta opinión, que siempre me pareció, no ya equivocada, sino dañina. Y me dolió su juicio injusto sobre un gran sociólogo español, miembro de honor de nuestra Federación, J. J. Linz. Pero siempre he admirado la valentía, la honestidad y el vigor de José Vidal-Beneyto. Con su fallecimiento, algunos perdemos un buen amigo, pero los sociólogos perdemos sobre todo un referente intelectual y un icono importante. Nos deja el legado de una obra valiente sobre cuyas espaldas tenemos el deber de alzarnos. No será fácil.

Madrid, mayo de 2010.